



EL ECO DE CARTAGENA

20 SATEMPLIT

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.129

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

JUEVES 6 DE AGOSTO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—co-responsables en Paris, A. Libette, rue Cassini, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

ALAMBIQUES

Aparatos para alcoholes de 39 á 40° Id. • aguardientes • 24 á 26° Id. • anisados.
Alambiques aguardenteros con columna y boya de graduación, serpentín y depósito refrigerante.
Id. completos con baños maría, aros de bronce, serpentín y depósito.
Fabricación esmerada y precios muy económicos.
Prensas, azufradores, y cuanto con oierne á la elaboración de vinos.
Camilo Pérez Larbe.—Castellini 12.

DESDE MADRID

Sr. Director.
Muy señor mío: Hoy tengo que empezar por declarar á Udes. con rubor, que me he vuelto envidioso! Que todos los correspondientes vayan y vengan, me irrita, y me ha hecho concebir ideas rarísimas. Una de ellas ha sido: para llegar antes á cumplir con mi obligación en ese periódico y que no me llamen Udes. correspondiente, irme á las playas por los hilos del telégrafo.
Después de este arde de actividad digno de Fabié, voy á dar á Udes. cuenta de lo que se cuenta.
En la estación del Norte, por la que yo salí, se escuchan lamentos del público á quien no siendo «abonado», nadie abona.
Me coloco en un tope y con mi sombrero de paja, con cordoncillo atrás, anudado éste en el primer botón de una *redingote* color de canela, pantalones á cuadros escoceses, y botines blancos empiezo á darme *pisto* de inglés.
Porque ha de saber Ud., Sr. Director que el tipo de *touriste* verdaderamente á la *cremie* es el inglés: unos, por lo de los botines etc., y otros porque no pagan.
Y en estas reflexiones cavilosas—frase de Becerra I—llego al Escorial, donde dedico mi recuerdo al desgraciado D. Matías López,

paladín de nuestro comercio y tipo de industrial laborioso y caballero, que no podemos dejar de recordar los españoles que presenciáramos cuánto se sacrificó por el lucimiento del comercio español en la exposición del 89.

Salí el «monstruo» de fuego con su gallardo penacho de plumas negras y empieza la vista por perder la contemplación de aquella cúpula, tarjeta de una generación.

Y pensando en los sombreros de Felipe II que tanto recuerdan hoy, los socios «Tonti-Club», llego á Avila para dedicarme solo á recordar á la Santa, como allí se dice.

Santa Teresa es para los españoles algo más aún que una Santa, porque es á mi juicio, la Santa más española.

Y dirá Ud. que hablo de Sta. Teresa como de una barbiána...

Si, Sr. Director: Santa Teresa, con su imaginación meridional y su fé ciega, es, lo que puede llamarse «La bandera de los fervores españoles» que dice Daudet.

Y pensando en el amor de Teresa por Jesús y de la Pardo Bazán por San Francisco, llego á Valladolid donde compro un paraguas verde, complemento á mi ridícula *toilette*.

Abriéndolo y cerrándolo, como el *caricatto* de *Boccaccio*, y cantando la polka sustanciosa de «y unos langostinitos»... Llego á Burgos, donde para postre de los langostinos, me como un queso.

¡Mire Ud. que dar en Burgos el queso á uno de los Madriles!!

Salgo de Burgos,—cerrando la boca porque en boca cerrada no entran ratones—y ¡pataplum! des de siete sueños donde me metí inadvertidamente hasta... (iba á decir el corbejón) me vi en Zumárraga.

Me vien Zumárraga y me arriesgué á tomar el «Ferro-carril de los sulcidas», porque soy muy arriesgado y «el hombre debe ser atroz», que decía un amigo mío muy gallina.

Este *petit-train* serpenteando la exuberante montaña salpicada de blancas casitas y *chirrietas* techiñantes, es un hermoso pretexto para un colorista. Tienen estos paisajes de Guipúzcoa un sello especial que nos hace devotos, al más lerdo, en la religión de la belleza. Hasta el último maizano, aquí hace falta; todo parece más natural combinado: el paisaje en que he visto una mujer con el refajo colorado, cuidando unas vacas; ya jamás puede recordarse sin las vacas, y el refajo colorado y la mujer dentro.

Si *Huas* habitara en este rincóncito de la tierra y del brazo de Trueba contemplara estos campos verdosos llenos de poesía y misterio, se inmortalizarla dos veces.

Los que como yo, viejos ya, pueden vivir medio siglo pasado, cerrando un momento los ojos, al abrirlos sienten el alma salirse del encierro ridiculo y negruzco en que la encerraran ese momento, y volar alegre al soplo de ideas que ayudan la existencia...

Lo del *mañoso*, arrojado y la *verde pradera* es ya muy cursi, no lo niego, pero mientras el hombre sea algo más que una masa

que come, el campo con sus grandezas tiene que hacérselas sentir grandes.

Peró no quiero que V. me tache de Rueda y voy á volver á las andadas.

No se me asusten Va. creyendo que tomo el tren de vuelta!

San Sebastian, no está tan amado como otros: ¡¡aun hay patria, Veremando!!

En Deva se nota también la guerra y la gente que hay se une poco.

Zarautz sin gran movimiento. Lequeitio regular y Biarritz con sus cuestas siempre hácia arriba y sus pollas azucaradas y sus pollastres «ciclistas» y tenorios, como siempre, pensando en coñiliones y en ver la salida del baño de las duquesitas de Ribano Triste ó condes de Compostela en Salsa.

No me crean Va. sin embargo, completamente descreído en esto de las aguas, pero ¡hay aguas de aguas! y voy á contar á Uds. un cuento de un amigo mío aunque el cuento tenga algo de impropio.

En una de las pasadas guerras se cobijó en cierta iglesia un soldado borracho y se puso á hacer cir-

ta función fisiológica de menor cuantía en una jula.

—¡Impio! dijo el párroco.

—¡Yo! ¿Y por qué? ¡Si es pa ochar aguas...

—Peró hay aguas de aguas...

—Pues no sea V. *lipendi*, impio ne.—equivocado!

q. b. s. m.
GARCÍ FERNÁNDEZ.

Microscópicas.

¿QUE SERA?

Lo ha dicho el rumor público y ha tomado cuerpo la noticia, aunque bien á derecha no se sabe en concreto de que se trata.

Unos, al ver que la escuadra se reúne y se enciende á Tánger, se fijan en Marruecos, donde para algo extraordinario. Otros ponen el pensamiento en Cuba y esperan de allí la noticia que há de poner término á esta ansiedad que influye al país desde hace cuarenta y ocho horas.

—Vamos de acuerdo con Inglaterra se oye decir por aquí.

—Se trata de un asunto en que tenemos á nuestro favor toda la diplomacia europea—se dice por allá.

—Pronto aparecerá la noticia en letras de molde—dicen unos.

—El asunto está en el Consejo de Estado—dicen otros.

Todo ese círculo y ese tráfico poniéndose los nervios en tensión, pero es lo cierto que nadie sabe en qué estamos de acuerdo con los ingleses, ni cual es la protección que nos dispensa la diplomacia, ni de que puede ocuparse el Consejo de Estado; que nos interesa mucho, hasta el punto de tenernos pendientes de su resolución.

Se habla de que se acabará la guerra.

¿Cómo? Averigüese á lo que puede, que, aunque algo sabemos, no hemos de decir palabra.

Se hacen cálculos sobre la presentación de cabezillas principales.

Se habla de la mar, en una palabra, y eso es muy lato.

Ha dicho un personaje importante que dentro de cuarenta y ocho horas sabrámos la noticia.

ÚLTIMA SEMANA DE VENTA

LA PERLA

GRAN JOYERÍA

ESTABLECIDA DURANTE LOS DIAS DE FERIA EN LA FERIA DE ABRIL Y MAYO

FONDA FRANCESA, CUARTO NÚM. 10, PRAL

ÚLTIMA SEMANA DE VENTA

HORAS DE DESPACHO: DE 8 A 3 Y DE 5 1/2 A 8 1/2

Preso no solo del mas elevado respeto hacia ella, sino igualmente impresionado por el aspecto del gabinete, sus pasos mismos al avanzar hacia la mesa, participaban del carácter de sus sensaciones con el respeto que pisara un santuario consagrado por la religión, de la misma manera atravesaba este santuario consagrado por el dolor.

Ya junto á la mesa, su tia, que desde que se presentara, no desviara los ojos de él, le hizo una seña con la mano, para que ocupara un asiento inmediato al suyo.

Fernando la obedeció.

—Hijo mío—fueron las primeras palabras de la condesa, dejando caer una de sus manos de alabastro sobre el hombro del jóven.—hijo mío, tengo necesidad de hablar, de desahogar mi corazón—esclamó con un suspiro profundo—tan largo tiempo cerrado á toda comunicación, á toda expansión, y con quien mejor—agregó—que contigo? Tú, que nada ignoras de mi triste historia, tú que como yo gimas pesadumbrado sobre las demencias del desgraciado, á quien de tan trágica manera hemos perdido, (cuya alma Dios perdone, y mire con misericordia) tú que mejor que nadie, en medio de mi vida fútil y estéril, pudiste comprender lo que se hallaba escondido bajo la losa que oprimía mi corazón, tú que siempre te manifestaste afectuoso, considerado y deferente,

quedó no recompensarte, mostrándote todo el agradecimiento de mi corazón?

Fernando, por toda respuesta, le estrechó una mano entre las suyas, y so la llevó con respeto á los labios.

Margarita continuó hablando:

—Diez y ocho años hace—dijo, siempre con la misma serenidad y tranquila compostura que, hasta aquí desplegara,—diez y ocho años, Fernando que este corazón, tan frío ahora, latía con las sensaciones mas fuertes y apasionadas, con todo el ardor de la juventud, y toda la fuerza de una primera pasión... pasión volcánica, absorbadora, que abstrahía mi existencia, y no me dejaba en el corazón un rincón desocupado!... Y el que tal pasión me inspiraba, Fernando, era un hombre digno por todos estilos de ella, solo que nunca fué su amor por mí, lo que el mío por él. No lo extraño—agregó en seguida con encantadora modestia y sorprendente candor—no lo extraño, Fernando,—dijo esta mujer todavía tan bella,—era su mérito infinitamente superior al mío, y no era sino justo, que el mayor amor estuviera de mi parte; y así era en efecto. Feliz, sin embargo, con lo que me era concedido, feliz como no hay palabra para expresarlo, me consideraba en la perspectiva de consagrar á Valdeñores toda mi existencia y toda, mi porvenir. Solicitada al tiempo mismo que ya le ama-

damente baja,—nunca, sino de nombre, fui esposa de Bonavides.

Fernando la miró con el mayor asombro.

Jamás hasta este momento se penetraba de tal verdad, y apenas acertaba á oír lo que escuchaba.

—Y nunca,—continuó diciendo Margarita,—nunca, por mas que me esforzara, pude llegar á amarle.

Mas y mas iba en aumento el asombro de Fernando.

—Una noche,—dijo la condesa de repente,—una noche hacia un mes que nos habíamos casado, una noche temprado todavía, cuando aun Bonavides no habia vuelto á casa, reposaba ya sobre un coñiliente en este mismo gabinete abierta sobre la mesa esta misma caja, la del Fernando.—preguntó en voz baja y abriendo el retrato de un hombre de hermosa fisonomía, aunque pálido y lleno de tristeza: el retrato de Valdeñores.—Criminal tal vez todavía—esclamó la condesa,—contemplaba este recuerdo de mi amor noche y día perpetuamente, aunque á ocultas de mi marido, no en tal contemplación, fría é indiferente, sino llena todavía de pasión por él; y en aquella noche, no solo le habia besado repetidas veces, sino que sobre él habia derramado copioso llanto, que rindiera mis